

SOBRE LA MUERTE DE DIOS

(Breve meditación en torno de la desilusión socio-política del hombre contemporáneo)

POR

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

«Frente al problema dramático y profundo de todos los hombres ante los misterios eternos, no se nos puede contestar con evasivas. Contesta esas preguntas la voz de Dios, o contesta la voz satánica del antidiós...».

José Antonio PRIMO DE RIVERA

I. La problemática de ser hombre

Hablar de Dios es siempre peligroso. La advertencia es de *Orígenes*, y de Daniélou el recuerdo de la frase. Pero ¿por qué? Se me ocurren varias razones, todas ellas resumidas en una intuición de Hölderlin, glosada con profundidad por Heidegger. Porque el lenguaje es un bien peligroso, el más peligroso de todos los bienes. Cuando el lenguaje se ocupa de Dios, se corre el riesgo de encubrir con el velo de las palabras la castidad transparente de su imposible irrealidad.

Hablar de Dios es siempre peligroso —subraya mi inolvidable maestro (1)—, si las palabras con que se habla de Dios no están arrancadas del diccionario manejado por Dios para hablar de sí mismo. En rigor, como recuerda Daniélou, esta vez citando a Barth: "sólo Dios habla de Dios". Un poeta, y no precisamente religioso, había escrito que hablar, hablar con profundidad poética, sólo Dios habla. Dichosos los que han hablado de Dios, tratando de escudriñar

(1) Muñoz Alonso, Adolfo: *Dios, ateísmo y fe*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1972, pág. 15.

lo que Dios ha dicho de sí mismo en las páginas sonoramente silenciosas de los libros inspirados por él. Nosotros hemos de descender a hablar de Dios, tomando como alfabeto el lenguaje de hambre y de sed de los hombres de este tiempo, que rehúyen a veces el manantial de agua viva. Será como un hablar de Dios, a sabiendas de que, al hacerlo, no hablamos con Dios.

El dilema que acongoja la existencia del hombre de nuestro tiempo —su rebelión ante Dios— tiene, como es bien sabido, muy hondas raíces. Fue Nietzsche, el genio pensante enfermo, quien emitió el grito dramático que todavía se escucha con absoluta nitidez: "Dios ha muerto; queremos que viva el superhombre". Acaso el superhombre nos traiga lo que buscamos de positivo y creador en Nietzsche —ha comentado un historiador de la filosofía (2)—, la conclusión deseada. "Por algún lado tiene que aparecer el hombre salvador, el que prescribió a la tierra su fin..., ese vendedor de Dios y de la nada". Pero no viene. Si se confrontan los pasajes en los que Nietzsche habla de ello, nos quedamos al fin con lo de siempre; se proclama la tarea, se expresa la misma exigencia; se exalta, se pinta con nuevas palabras lo bueno y grande que ello sería. Pero de ahí no pasamos. Falta el contenido, aquel contenido que efectivamente se encumbra sobre el mero biologismo y naturalismo; porque ahí está la dificultad del problema, una vez que Nietzsche desechó la moral antigua y, por otra parte, no quiso quedarse en un ejemplar brutal de la naturaleza humana, sino que anunció un hombre nuevo que dejara atrás todo el pasado...

Pero, curiosa y perplejamente, a la voz solitaria del filósofo enfermo se le han ido anexionando otras muchas voces. De aquí que, efectivamente, *uno de los hechos fundamentales que caracterizan nuestra época es que en ella, por primera vez en la historia, se presenta la no creencia en Dios como un fenómeno colectivo*. Aunque en este punto son imposibles las estadísticas, es indiscutible, dígase lo que se diga —ha escrito recientemente M. Benzo (3)—, que son

(2) Hirschberger, Johannes: *Historia de la filosofía*, Editorial Herder, Barcelona, 1960, tomo II, pág. 302.

(3) Benzo, Miguel: *Teología para universitarios*, Ediciones Cristiandad, Madrid, sexta edición, 1977, pág. 125.

muchos nuestros contemporáneos que están ciertos de que Dios no existe, e innumerables los que no están ciertos de que exista. Los orientadores religiosos saben bien con cuánta frecuencia, al buscar el origen último de los problemas religiosos y ético-religiosos de quienes acuden a ellos, se descubre que está enferma, atacada por la duda en cualquiera de sus grados, la raíz misma de la religiosidad, la creencia en Dios. De otra parte, sin embargo, es igualmente cierto que la preocupación religiosa es también intensa en nuestro tiempo.

Hoy, por obra y gracia del influjo y de la manipulación llevada a cabo por ciertas ideologías políticas, especialmente por los sectores marxistas y socialistas, la religión ha adquirido un nuevo matiz. Se ha cumplido así, como en tantas otras cosas, la profecía que el pensador Ortega anunciaba por los años veinte: "La religión consiste en un repertorio de actos específicos que el ser humano dirige a la realidad superior: fe, amor, plegaria, culto. Pero esa realidad divina tiene otra vertiente, en la cual se pretenden otros actos mentales perfectamente ajenos a la religiosidad. En este sentido cabe decir que hay un Dios laico, y este Dios, o flanco de Dios, es lo que ahora está a la vista" (4).

El hombre, pues, para sentirse fiel a la condición de tal, ha venido luchando, en no pocos lugares de Occidente, por eliminar, con todos los medios a su alcance, a Dios de la ciudad terrena. Y es que, como diáfananamente ha manifestado un pensador cristiano, la duda de Dios, si no es estímulo para una búsqueda más profundizada sino fin en sí misma, es también una negación del principio de la verdad del ser, sustituyéndolo por el puro hacer; y del principio de la moral al que sustituye por una felicidad terrena o física, hasta llegar al ateísmo y más allá. Consecuentemente, de tal modo es discutido Dios, incluso por algunos cristianos, que el ateísmo resulta una de las formas más vanales del conformismo; por eso, hay una "teología de la muerte de Dios" y existen los llamados cristianos ateos. Realmente, se reducen hoy a dos las principales formas de poner en duda la existencia de Dios hasta llegar a negarla.

(4) Ortega y Gasset, José: *El Espectador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1950, pág. 674.

La primera puede enunciarse así: el hombre, con sus poderes intelectivos y racionales —como se dice comúnmente—, no puede probar que Dios existe, es decir, que existe el Ser, primer principio y fin de todo el universo y trascendente del mismo universo, providencia; tanto es así que siempre se ha venido discutiendo y no tenemos aún prueba alguna incontrovertible. Por tanto —se concluye—, que por lo menos la duda existe. Queda sólo la pura fe, y quien la tenga, que la tenga; creer es un hecho personal y privado. Con este discurso se exilia a Dios de la ciudad terrena, se le condena al olvido, se le relega a un fideísmo estrictamente privado, indiferente a este o a aquel Dios, sea un fetiche o el Dios cristiano.

La segunda forma, hoy más difundida, se presenta con matices diversos y nos limitaremos a presenciar sólo los principales. Uno es: si Dios existe, el hombre no es libre; Dios viene siendo concebido como el patrón del hombre, el tirano que lo domina y oprime casi caprichosamente, como el maestro que puede enseñarle todo; como si el hombre fuese siempre un menor de edad, aparece como el ser que somete al hombre y, por consiguiente, no lo deja libre.

Otro matiz es éste: si existe Dios y es concebido como fin último, bien absoluto y beatitud eterna, el hombre, atraído por ese fin supremo, se abstrae de las cosas de la ciudad terrena, se ocupa de ellas sin empeño, pues se preocupa mucho más de la vida eterna; y de esta atracción suya a la otra vida, con la consiguiente abstención de empeño por ésta, resulta que se aprovechan quienes la disfrutan; de ahí la frase corriente: *la religión es el opio del pueblo*. Para evitarlo, es preciso liberar al hombre de Dios, de la perspectiva de la eternidad, de la esperanza de la vida eterna, y, para efectuarlo, basta considerar —dicen los sostenedores de esta tesis— que en el fondo Dios no es sino un producto de la imaginación humana: no ha sido Dios quien ha creado al hombre, sino que el hombre, con su imaginación, ha creado a Dios (tesis de Feuerbach, repetida por Marx) (5).

Cuanto antecede explica, con no poca solidez doctrinal, que,

(5) Sciacca, Michele Federico, y varios autores más: *La sociedad a la deriva*, Editorial Speiro, Madrid, 1977, pág. 207.

efectivamente, el "tipo" de ateísmo moderno difiera del antiguo. Cuando los hombres desconocen o niegan a Dios, y —para sustituirlo— necesitan establecer un "absoluto" que dé sentido y estabilidad a sus vidas, ya no "divinizan" la naturaleza, el mundo; han perdido la confianza en ella; no la ven como algo que les parezca indiscutible. En consecuencia, de los tres elementos —Dios, hombre y mundo— no les queda más que el hombre, el propio yo. Y a lo que atribuirán un valor absoluto, lo que divinizarán, serán precisamente las realidades humanas; éstos serán sus ídolos: la ciencia, el buen funcionamiento de la sociedad humana, el equilibrio psicológico propio, la libertad del hombre... Así aparecerán los "ateísmos" cientifistas, el ateísmo marxista, el de Freud y los psicoanalistas o el ateísmo existencialista. El colmo de los colmos, en esta línea, será la aparición de individuos empeñados en conservar la fuerza absoluta de la religión, pero ¡de una religión sin Dios!; una religión puramente humanitaria, "de tejas abajo"; y eso, a la vez que pretenden seguir llamándose cristianos, pero con un "cristianismo ateo" (6).

II. Crisis de espiritualidad

Es harto evidente, y no es menester allegar mayor argumentación, que hoy, también, Jesús, que camina a nuestro lado, nos hace la misma pregunta de antaño: "¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?". Y, si somos sinceros, hemos de contestarle que hay respuestas para todos los gustos, pues unos dicen que fue un revolucionario; otros, un líder, un visionario o un reformador social; algunos aseguran que es un mito, una leyenda, y no faltan quienes utilizan su nombre para llenar las salas de espectáculos o hacer fabulosos negocios a su costa... (7).

Pero, en rigor, la verdad es que Dios no suele resultar "cómodo".

(6) Pero-Sanz, José Miguel: *Ateísmo, hoy*, Editorial Magisterio Español, Madrid, 1975, pág. 57.

(7) Perruca, Joaquín Esteban: *Jesucristo, a la luz del Evangelio*, Editorial Magisterio Español, Madrid, 1976, pág. 5.

Ciertamente, una excesiva placidez nunca es posible para quien sinceramente trata de vivir cara a Dios. No será un hombre angustiado, presa del escrúpulo ni de la intranquilidad; pero tampoco puede ser un "tranquilo", entumecido por el confortable letargo de una quietud apacible, tibiamente acogedora. En el ámbito religioso, "descanse en paz" es algo que sólo se desea para los muertos, para quienes han llegado a la meta. Precisamente ahí radica una de las dificultades para aceptar a Dios; ese obstáculo consiste en la tendencia de todos los hombres a la "instalación" (8).

¿Está realmente Dios ausente de la sociedad contemporánea? A la hora de señalar una nota esencial del cosmos intramundano en el que el hombre actual es, vive y muere —en el que el hombre contemporáneo es, se muere y vive—, cabría elegir, como la más ampliamente significativa y la más representativamente rigurosa, la de la ausencia de Dios en el mundo. No es que el mundo se haya quedado sin Dios; es que se ha llegado a asegurar la humanización del mundo en los quicios armados por el olvido de Dios, o por la pérdida del recuerdo de Dios. Tratar de mostrar, demostrar, evidenciar o señalar la existencia de Dios es una cuestión que carece hasta de sentido en el mundo del olvido de Dios. Se ha profanado la frase de Cristo de que "su reino no era de este mundo", tomándola en una literalidad escalofriante y deicida. Si el reino de Dios no es de este mundo, tampoco lo es Dios. Y lo que no es de este mundo, no es. La mundanización de la realidad ha decretado el exilio de las fantasmagorías imaginativas a todo lo que no sea realidad intramundana. No es el hombre el que ha matado a Dios, sino que Dios mismo es el que ha tenido la originalidad de presentarse como lo que en verdad es, el cadáver visible y risible de un fantasma invisible y trágico.

¿Qué ha pasado o qué nos ha pasado, hasta llegar a una situación tan radicalmente distinta y contradictoria, respecto del mundo y de la humanidad, de tiempos que parecen definitivamente idos? Porque el proceso no se ha consumado todavía, y existen indicios de que hasta el nombre de Dios será borrado del diccionario de la

(8) Pero-Sanz, José Miguel: ob. cit., pág. 144.

vida, como el de una especie animal, desaparecida por la fuerza de la evolución, y cuyos rastros vivieran en los nuevos vivientes, alimentados con la sombra de la especie que yace desmayada en el olvido de la protohistoria o de la subhistoria. El nombre de Dios sólo cuenta para mostrar su inexistencia y tomarlo como antítesis en el proceso dialéctico de la historia de la humanidad.

A nosotros se nos ocurre que la situación actual y la imagen del mundo son radicalmente distintas, precisamente porque la situación actual no es radical, y la imagen del mundo ha suplantado al mundo, disolviendo su realidad en mera imagen. A nosotros se nos ocurre que la situación actual no es legalmente —con legalidad mental humana— una situación, sino una deficiencia situacional, y que la imagen del mundo es una sombra evanescente de una situación en la que el hombre está desencajado. Desencajado, en el doble sentido que este vocablo admite en español: sin ajustar al medio propio, y desfigurado y como desorbitado en su porte y en su faz, irreconocible (9).

A la altura en que nos encontramos, nadie, ciertamente, se sentirá sorprendido de que, entre otras muchas cosas, consideremos que son los ideólogos, los políticos y los tecnócratas quienes mayores intereses ponen en juego para que el hombre resulte "alienado" por las estructuras de la "organización". La "administración" del ser humano asesina, en la flor de la lozanía, cualquier esperanza: "Desdichadamente no se trata en la actualidad de hipótesis y previsiones, sino que ya existe esta triste realidad: allí donde el demonio de la organización invade y tiraniza al espíritu humano, se manifiestan rápidamente los síntomas de la falsa y anormal orientación del desarrollo social. En no pocos países el Estado moderno va convirtiéndose en una gigantesca máquina administrativa: toda la escala de los sectores político, económico, social, intelectual, hasta el nacimiento y la muerte, quiere convertirlos en materia de su administración. Nada de maravillar, por tanto, si en este ambiente impersonal, que tiende a penetrar y envolver toda la vida, el sentido del bien común se entumece en las conciencias de los individuos

(9) Muñoz Alonso, Adolfo: *Dios, ateísmo y fe*, pág. 30.

y el Estado pierde cada vez más el primordial carácter de una comunidad moral de los ciudadanos" (10).

Por eso mismo, cosa que puede afirmarse dogmáticamente, *la crisis del pensamiento actual es crisis del misterio del hombre. Crisis de fe, de sabiduría humana*. Y por ser crisis del misterio del hombre, es crisis del hombre en su raíz y en su savia. El pensamiento actual es fecundo en problemas. Me atrevería a decir que es el siglo de la exaltación del problema del hombre. Y la resolución de la incógnita, cuando el tema es no problema, sino misterio, lejos de aclararlo, lo sume en nebruras. Si hay algo profundamente claro en el hombre es el hombre mismo como misterio; y como tenebroso, el hombre problema.

No hay más luz esclarecedora en el hombre que la luz del hombre consigo mismo —no sólo de su pensamiento—, en cuyo más hondo y secreto rincón encuentra algo que no es él, pero sin lo cual no sabe ni ser, ni habría empezado a tejer los hilos de la vida, ni las horas del ensueño, ni la gracia de su discurrir, si no es para irse destruyendo a sí mismo (11).

Consecuentemente, con la presencia de Cristo en la tierra, las cosas, cada cosa, es otra cosa de lo que sin Cristo puede parecer. Es como si cada cosa temblara de nuevo en su raíz para encontrar con savia reciente su nombre más antiguo. El nombre con que salió cada una de las manos de Dios en los días virginales —agua, voz y espíritu—, primeros del mundo...

III. Victoria de la fe

Sólo manteniendo una fe enhiesta es posible, ha dicho Marcel Clément (12), llegar a la victoria. Si el combate fuese simplemente natural, a cada hombre habría que oponer otro hombre, a cada téc-

(10) Pío XII: Mensaje radiofónico de Navidad de 1952.

(11) Muñoz Alonso, Adolfo: *Andamios para las ideas*, Colección Aula de Ideas, Murcia, 1952, pág. 134.

(12) Clément, Marcel: *El comunismo frente a Dios*, Editorial Speiro, Madrid, 1974, pág. 160.

nica otra técnica, y a cada método otro método. Pero la perspectiva cambia si no somos los soldados de Dios en este combate. En ese caso, la primera cosa que deberemos hacer será revestirnos con las armas de la luz, arrodillarnos ante el Señor y recurrir a sus sacramentos. No podemos oponer al avance del comunismo un ejército de hombres abandonados a sus pasiones o a su orgullo. Semejante ejército más bien le reforzaría.

Todo, en estos momentos, es objeto de "politización". Y, consecuentemente, nada tiene de extraño que la relación entre el hombre y Dios se haya, igualmente, politizado. El proceso de infiltración de la teología católica por el marxismo no fue tan fácil como en la protestante, pues la curia romana mantenía, nos ha dicho Miguel Poradowski (13), una actitud de permanente vigilancia y, en el caso de detectar algún síntoma de la influencia marxista, intervenía inmediatamente, tomando medidas muy severas. Basta recordar la clausura —por orden de la Santa Sede— del periódico francés *Sept* y de su sucesor *Temps Présent*. El momento favorable para la infiltración marxista en la teología católica llegó durante el Concilio Vaticano II cuando esta teología empezó a tolerar en su seno la así llamada "nueva Teología", que concentra su atención en el hombre y no en Dios. Además, el proceso de la infiltración del marxismo en la teología católica resulta, al mismo tiempo, facilitado por la influencia en el ambiente católico del neoprottestantismo y del neomodernismo, reforzados también por el progresismo. Una ayuda muy efectiva, en favor del marxismo, vino de parte del ecumenismo, pues éste facilitó los contactos entre la teología católica y la teología ya marxistizada.

Es dolorosamente trágico, por ende, el hecho de que el tema de la plena liberación del hombre, uno de los temas teológicos más interesantes y más bellos, haya sido enfocado desde el principio de tal manera que se haya originado su desplazamiento del plano teológico al plano político, con lo cual se ha facilitado su utilización

(13) Poradowski, Miguel: «La "Teología de la liberación"», Revista *Verbo*, Madrid, 1974, núm. 128-129, pág. 917.

por las fuerzas no cristianas e incluso anticristianas, para sus fines de lucha contra el cristianismo.

¿Por qué Dios está ausente de la sociedad de nuestro tiempo? La respuesta es sumamente sencilla: el mundo actual se ha desarrollado sin Dios; a lo menos las líneas que han conducido su progreso no arrancan de una consideración en la que Dios estuviera presente con voz. Si a Dios se le admite a condición de que organice con su omnipotencia el progreso científico y técnico, resulta obvio que sin ella el mundo ha progresado y se ha afianzado en sí mismo. *Dios ha fracasado en el hombre, y esta sensación de fracaso de Dios en el hombre es la que el mundo actual pretende transformar en optimismo, forzando al hombre a que se convierta al mundo con fidelidad, socialización y trabajo.* El éxito de esta operación salta a la vista, si se reconoce que en nuestro mundo Dios no está presente (14).

Como se apreciará fácilmente, en todo el proceso discursivo del mundo actual el hombre aparece signado por el espíritu del mundo con el sello de la irreflexión. El hombre del mundo actual es fundamentalmente un ser carente de reflexión. O, lo que es lo mismo, un hombre sin fundamento, ya que el fundamento del hombre se descubre en los actos reflejos. Si la palabra no tuviera una carga excesiva, diríamos que el hombre del mundo es esencialmente un demente. No porque no ejercite la mente en los actos con que persigue y prosigue la transformación del mundo, sino porque no reflexiona su mente aplicándola a la consideración del fundamento del ser. Cabe, por lo tanto, decir con verdad que la pérdida de Dios en el mundo actual se debe a la ausencia de reflexión del hombre.

Consecuentemente, en estos momentos —de conformidad con la tesis defendida por el profesor Adolfo Muñoz Alonso (15)—, el ateísmo no es una desazón intelectual o vital, provocada por unos razonamientos lógicos que autoricen una conclusión negativa sobre la existencia de Dios, sino que se puede nacer y vivir bajo la presión atea de algunas de las situaciones sociales y políticas. Ahora

(14) Muñoz Alonso, Adolfo: *Dios, ateísmo y fe*, pág. 37.

(15) Muñoz Alonso, Adolfo: *Dios, ateísmo y fe*, pág. 121.

bien, este hecho, examinado en su raíz, nos descubre que el ateísmo actual, al menos en su situación límite, no es la negación de un ser designado con el vocablo Dios, sino que el ser designado con ese nombre queda fuera del ámbito de cualquier consideración intelectual, moral, política o social. Dios viene a ser considerado como un fantasma lejano que proyecta todavía una sombra que hay que ir oscureciendo y borrando cada día...

A las ideologías de clara intencionalidad marxista y socialista les molesta, naturalmente, la idea de la existencia y presencia de Dios. Por eso tratan de ir un poco más lejos de lo que fue el pobre filósofo enfermo con su desaforado grito —“¡Dios ha muerto!”—. Marxistas y socialistas aspiran a algo más: “¡Dios no ha existido nunca!”. Observando las cosas desde esta otra cara del prisma, es harto evidente que puede afirmarse, incluso con estremecedor acento dogmático, que *no son los seres humanos los que han progresado hasta ahora, sino que es el poder político el que se ha alzado con los éxitos, disponiendo su utilización en función política*. No siempre para fines políticos, pero siempre en función política. No ha sido la reconquista y la vigorización de la libertad personal, interior y profunda, lo que se ha conseguido con el progreso científico-técnico, sino que el progreso se ha utilizado para ahogar esa libertad o para un dirigismo despersonalizador. De esta forma, los hombres se van percatando de hasta dónde pueden ser conducidos, pero también van adquiriendo conciencia de sus límites. Advierten que si no tienen en cuenta sus límites —no ya sus limitaciones— pueden difuminarse. La humanización del cosmos es lo que le hace cómodo, cuando son hombres los que le habitan. Las fuerzas planetarias, descompuestas de su ritmo, si no se acompañan en otro más perfecto, revelan sus energías bélicas y no sus posibles usos pacíficos y pacificadores. Los éxitos científico-técnicos se pueden resolver en progreso si con ellos el hombre reafirma su condición humana, y se vale de ellos y de su amenaza como de una voz oral catártica.

El hombre, por la gracia de Dios, es el gran intérprete del mundo; y de acuerdo con la exégesis que el hombre haga, el mundo —y con el mundo el hombre mismo— se eleva o degrada.